

soberano mandato, apenas aquellos humildes pescadores recibieron el Espíritu Santo, se reparten por el mundo para llevar por todas partes con la luz del Evangelio, la verdadera civilización. Ya saben que no pueden esperar otra cosa que persecución y padecimientos: esta era su herencia y el mismo Jesucristo se los había anunciado por estas palabras: «Los hombres os perseguirán á causa de mi nombre, os maldecirán, el odio y la adversión os seguirán por todas partes y os harán sufrir toda clase de males é infortunios: no temais, sin embargo, á los que puedan dar muerte á los cuerpos; ellos no tienen derecho alguno sobre las almas; lo que importa es tomar la cruz y seguirme (1).

En efecto, llenos de valor se anuncian como ministros del que había sido crucificado en Jerusalem y enseñan que no hay en la tierra otro nombre que el de Jesus en el que los hombres puedan ser salvos (2), y que los dioses del imperio no son otra cosa que falsas divinidades, dignas del mayor desprecio, y son tales sus razones y los milagros que acompañan su predicación, que en todas partes corren presurosas multitud de personas á engrosar las filas de los seguidores de Jesucristo y profesores de su doctrina. Solo el Príncipe de los Apóstoles convirtió en sus dos primeros sermones ocho mil personas.

Un día, cuando tal vez Roma acudía al Circo á presenciar las fiestas de las bacanales, entró por una de sus puertas un varón de aspecto venerable: sus vestidos eran humildes y nada podía dar á comprender que aquel hombre estaba adornado de una

(1) Math. cap. IX.

(2) Act. Apost. cap. IV v. 12.

sabiduría celestial. Era Pedro, el jefe del Apostolado. ¿Y qué pretendía en aquella populosa capital? Empresa menos gigantesca que la que él se proponía llevar á cabo, hubiera seguramente asustado á los géneos mas atrevidos. Iba á dar á conocer á Jesucristo crucificado como verdadero Dios en la corte de los Emperadores. A su entrada temblaron sobre sus pedestales las estatuas de los ídolos. El pobre pescador no buscaba su gloria, sino la de aquel que le había enviado, y tenía una gran confianza en la palabra del que había dicho á él y á sus compañeros: «Yo estaré con vosotros.» Llevar á cabo en la misma corte, residencia de los poderosos emperadores romanos, una revolución moral, que trastornase las leyes y las costumbres: combatir el culto de los dioses del imperio, predicar en suma un nuevo Dios: bien conocéis, señores, que era una empresa verdaderamente gigantesca, que solo con el auxilio divino podía efectuarse. Si hubiera sido obra de los hombres, hubiera fracasado en sus primeros días, pero era obra de Dios, y tenía que prevalecer contra todos los poderes de la tierra.

Al poco tiempo, Jesucristo era adorado en el centro mismo del paganismo; pero la oscuridad de las catacumbas era el asilo de sus adoradores. La Iglesia había de tener una infancia dilatada, señal de una vida que había de durar tanto como el mundo. La sociedad romana llega á apercibirse de que unos hombres estraños enseñan una nueva religión, que se niegan á quemar incienso ante los dioses del imperio, que desprecian y que dan á conocer como verdadero Dios á otro hombre que por malhechor había sido crucificado en Jerusalem. Las mas ridículas patrañas,

cuentos fantásticos, y escenas de terror, se inventan para hacerlos aparecer como sospechosos y criminales: se asegura que aquellos hombres sacrifican niños en sus reuniones nocturnas y secretas y se alimentan con sus carnes, y otras invenciones por el estilo. Entre tanto, los cristianos elevan al cielo las mas fervorosas plegarias por la conversion de sus detractores, imitando al divino Maestro, que desde la cumbre del Gólgota y pendiente del árbol de la Cruz, pedia á su Eterno Padre por los mismos que le crucificaban.

La enseñanza de los que se llamaban cristianos llegó á ser objeto de todas las conversaciones, y no habia en Roma reunion donde no se hiciese mencion de aquellos hombres que parecia no temer á las duras leyes del imperio. Aquellas reuniones y alarmantes noticias llegaron con rapidez al palacio de los Césares. El que manejaba con su diestra las riendas del imperio nada temió por entonces; ¿qué podia resistir á su poder? Contando con numeroso ejército fácil le parecia esterminar de una vez y para siempre á los cristianos. Aquellos hombres valerosos que predicaban llenos de fé á Jesucristo crucificado, eran conducidos ante el Emperador, pero ellos lejos de intimidarse ni mostrar temor á las amenazas, esplicaban su doctrina, y aseguraban que los dioses del imperio eran falsas divinidades que debian ser despreciadas, y que el verdadero Dios era Jesucristo, único que debia ser adorado, concluyendo con decir como Jesucristo á los judíos: Si os digo la verdad ¿por qué no creéis? Mas el emperador al escucharlos era un vivo retrato de aquellos pérfidos hijos de Israel que esclamaban en la dureza de su corazon. *Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es, et dæmonium habes?* Y el cristiano veíase obligado á es-

coger entre adorar los ídolos, volviendo las espaldas á Jesucristo, ó sufrir los mas crueles martirios. La respuesta no se hacia esperar, y era unánime en todos ellos. ¿Qué nos importa morir, decian, por la causa de la justicia y de la verdad? La muerte será para nosotros el principio de una vida feliz que ha de durar eternamente. Y corrian presurosos á los martirios entonando himnos de bendicion al Dios que les preparaba, y ofrecia tan hermosa corona.

Leed, señores, con detenimiento la historia de la Iglesia, y vereis que durante los tres siglos que duró su infancia, experimentó diez terribles persecuciones en los tiempos de Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano. Durante esta dilatada época y con pequeños intervalos de paz se vertió á torrentes la sangre de los cristianos, de tal modo que un dia decia Tertuliano á los Césares, que si llegaban á concluir con los profesores de la doctrina de Jesucristo, el trono caería de vasallos y de ciudadanos la patria. La sangre de los mártires era una fecunda semilla que producía nuevos cristianos, cuyo número se aumentaba á proporcion que se inventaban nuevos tormentos, y se sacrificaba mayor número de víctimas. A través de tales y tan sangrientas persecuciones resonaba en el circo el nombre augusto de Jesus de Nazareth y de su bendita Madre: era el mismo lugar donde tantas veces habia resonado el *Morituri te salutant*, espresiones dirigidas por los paganos á los Césares que les sacrificaban.

Algunos escritores enemigos declarados de la religion cristiana, si no han tenido valor para negar el gran número de mártires que en sus tres primeros siglos fueron sacrificados, han querido ver en esto un

fanatismo. ¡Oh! ¡Qué delirio! Los apóstoles y los primeros fieles que forman los primeros eslabones, digámoslo así, de esa interminable cadena de mártires, sacrifican gustosos sus vidas en prueba y testimonio de hecho que habian visto. Si ellos no hubiesen hablado con Jesucristo resucitado, si no hubiesen oído su voz, si en suma no hubiesen recibido el Espíritu Santo, cuyas luces les hicieron aptos para hacer frente á toda la sabiduría humana, no hubiesen emprendido la obra de la propagacion del Evangelio, en la que sabian habian de sufrir grandes persecuciones, y por último la muerte. No es esto un fanatismo de secta; es sí un sentimiento de verdadera conviccion. La sabiduría de sus predicaciones, los grandes milagros con que confirmaban su doctrina, y su constancia y valor al sufrir los martirios, animaba á otros muchos que no tardaban en imitarle. ¿Y cuál fué el resultado de aquellos tres siglos de persecuciones y martirios? ¿Para qué sirvieron? Para mayor triunfo de la Religion, que se sentó gloriosa sobre el trono de Constantino.

Sigamos los anales de la historia de la Iglesia. No concluyeron sus persecuciones al caer de la mano de los Emperadores el hierro homicida. Los reyes bárbaros se propusieron esclavizar á la hija del cielo, la religion santa, cuya mision era llevar á cabo la unidad del género humano, abolir la esclavitud, y formar de todos los pueblos uno solo, cuya guia fuese el Evangelio, ese código de moral el mas sublime que verán los siglos. Como si esto no fuera bastante, vino la herejía á difundirse por el campo místico de la Iglesia. ¿De qué sirvió la opresion de los Emperadores y reyes bárbaros? ¿Qué consiguieron? Que el gran Carlo Magno concibiese la idea de que el Gerarca Supremo

de la Iglesia fuese completamente independiente, y concluyese la obra empezada anteriormente por Pipino, de que el papa fuese rey. Entonces nació ese poder temporal de los romanos pontífices, tan combatido en nuestros desventurados tiempos. ¿Y la herejía, que ha conseguido en la série de los siglos? En vano á los herejes los ha llamado la Iglesia diciéndoles: ¿Si os digo la verdad, por qué no me creéis? Ellos han contestado siempre como los judíos á Jesucristo: *Nonne bene dicimus nos quia dæmonium habes?* Y en su furor, por combatir á la Iglesia, buscaron prosélitos por todas partes, predicando pero sin poder convencer. ¿Dónde están hoy los arrianos, nestorianos, sacramentarios, iconoclastas, luteranos, calvinistas y tantos otros como han dirigido sus envenenados dardos al corazón de la Iglesia? Jesucristo que vela por su esposa, y que ha ofrecido solemnemente que nada podrán contra ella los esfuerzos todos de sus enemigos, suscitó, segun la necesidad de los tiempos, héroes admirables en virtud y sabiduría que supieron combatir con las armas de la verdad y pulverizar todos los errores. Y los Concilios generales que á causa de las herejías se celebraron, y las declaraciones de la Iglesia, todo contribuyó poderosamente á aumentar los triunfos y laureles de nuestra religion santa y divina y á la mayor y mas relevante demostracion de la verdad católica.

No quiero detenerme, señores, por no abusar de vuestra paciencia en narrar los grandes esfuerzos hechos á fines del pasado siglo y principios de este, por la escuela filosófica que tuvo su nacimiento en el vecino imperio. Bien sabeis que se pusieron en juego todos los medios posibles para destruir la Iglesia, y que en tanto que esta Madre cariñosa llamaba á sí á

sus hijos estraviados, diciéndoles: «¿Si os digo la verdad, por qué no me creéis?» ellos contestando como los judíos al Salvador: «*Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» murieron en la confusion y en el oprobio, en tanto que la Iglesia, roca indestructible, veía pasar los tiempos y los hombres sin perder nada de su robustez.

Los tiempos no han variado. Siguen las persecuciones, y continúan también los triunfos de la Iglesia. Habla el representante de Jesucristo en la tierra, el oráculo de la verdad, y en el seno mismo de las naciones católicas, se levanta una multitud de hombres que repeliendo la luz que les deslumbra, y rechazando la verdad, esclaman con un delirio febril: «*Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» ¿Qué es esto mis amadísimos hermanos (1)? ¿Hemos renunciado á ser hijos de la Iglesia? No equivale á otra cosa el hacer objeto de sarcasmo las palabras y las censuras de su jefe supremo. Pero tenedlo entendido, hipócritas enmascarados: vosotros os reis de la Iglesia cuando os dice con el mayor amor: «*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*» ¿Si os digo la verdad por qué no me creis? Bien podeis contestar con satánica risa en vuestros labios: «*Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» Pero vosotros concluiréis vuestra vida en el oprobio y la desesperacion, en tanto que la Iglesia se coronará cada día de nuevos laureles.

Hemos visto, señores, aunque con la rapidez que

(1) Arreglaba el autor este discurso en enero del presente año 1865, justamente en los días en que la última encíclica de Su Santidad Pío IX era objeto de grandes debates así en la prensa francesa, como en la española.

el tiempo ha permitido, como todas las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia han servido para sus mayores triunfos y mayor demostracion de la verdad católica. Esperemos confiados en la promesa eterna que así seguirá sucediendo hasta la consumacion de los siglos.

Nada os importen á vosotros los gritos y furibundas declamaciones de la impiedad. El que es de Dios, nos ha dicho Jesucristo, en el Evangelio de este día, oye las palabras de Dios. Oigámoslas nosotros con docilidad de labios de sus ministros y principalmente del romano Pontífice, á quien ha sido concedido todo poder, autoridad y doctrina para regir á ovejas y pastores, y nuestra fé sincera, nuestra ciega obediencia docilidad y sumision nos hará felices en el tiempo y mas felices en la eternidad. *Amen.*